

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestres en casa de los comisionados, y 19 rs. al mes y 54 trimestre en la administración.—En el extranjero: 20 rs. trimestre.—En Ultramar: 20 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la Administración, calle de Silva, núm. 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, Lopez, Bayli-Bailliere, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

PARTE EXTRANJERA

El silencio del telégrafo confirma plenamente la desconfianza que manifestamos ayer de ver resuelta prontamente la crisis ministerial de Florencia. Los periódicos italianos recibidos por el último correo, que hemos recorrido con avidez, tampoco arrojan luz alguna que haga entrever la menor salida del atolladero en que hoy se encuentra metido el famoso reino. Al Rey Víctor Manuel nos lo pintan desesperado y dando a todos los diables a los moderados, que lo han metido en situación tan angustiosa.

Pero lo peor del caso es que Napoleón parece haberse cansado ya de esa indefinida prolongación de la crisis que puede dar al traste con sus proyectos, ó al menos embarazarlos. Prueba de ello es la nota que el Sr. Drouyn de Lhuys, ministro de Negocios extranjeros del Imperio ha pasado, según cuenta un diario de grande autoridad, la *Unità Cattolica*, al Gabinete de Florencia.

Según el resumen de este diario, el señor Drouyn recuerda a la corte de Florencia que se acerca el tiempo en que el Emperador debe hacer uso de la *libertad de acción*, que se reservó plenísima en el convenio de 15 de Setiembre. Que Francia, continúa diciendo la nota, no puede abandonar al Pontífice, mientras no exista en Italia un Gobierno fuerte y regular que sepa apartar todo peligro de la Santa Sede, y que sobre este punto el Emperador tiene hechas declaraciones tanto a Roma como al mismo Víctor Manuel. El ministro concluye su nota recomendando para bien de Italia la conciliación de todos los partidos, y una pronta resolución de las cuestiones que agitan la península y hacer pensar seriamente a Europa.

El aprieto en que esta intencionada nota ha debido poner a la corte de Florencia, no hay para qué ponderarlo, pues no hay nada que ignore que el hilo de que pende la misma existencia del odiado reino está en manos de Napoleón III. Así es que se cuenta que al dar lectura del mencionado despacho el barón de Mallet al general Lamarmora, exclamó este amargamente: ¡También vos, señor barón, venís a arrojarla vuestra piedra!

¿Qué hará Víctor Manuel colocado entre estas insinuaciones del que tiene su suerte entre sus manos, y la intransigencia de los demagogos que con nada se satisfacen sino con que se les entregue el poder?

Ningún otro recurso parece quedarle sino el recurrir a un golpe de Estado, y así parece haberse verificado ya si son ciertos los rumores que corren en Turin, y leemos en los periódicos de la ex-capital que nos ha traído el último correo. Si estos rumores se confirman, nuevas escenas de sangre se habrán representado en Florencia.

Y con esto, como decíamos ayer, nada se remediará, la situación quedará la misma. No hay ministerio alguno que se atreva a decir terminantemente que renuncia a llevar a Roma la capital del reino, pues de todos los partidos que

hoy se disputan el poder en Italia, en medio de los odios profundos, de inveterados rencores, de ambiciones desenfrenadas como los dividen, todos están acordes en este programa: Roma capital de Italia. ¿Cómo, pues, obedecer las órdenes, que no otra cosa son sus consejos, de Napoleón, el cual intima a Italia que no oponga obstáculos al convenio de 15 de Setiembre, cuando todos los partidos rehúsan la base sobre que está construido?

Pero cesemos hoy de discurrir sobre la embrollada situación de los negocios públicos de la Italia revolucionaria para fijar nuestros ojos en el bello espectáculo que nos ofrece la Italia católica. De un resumen publicado por la *Unità* de Turin, resulta que las ofensas de los fieles para el *dinero* de San Pedro, van teniendo cada año un aumento considerable. A más de ocho millones de reales ascienden las ofrendas recogidas por la *Unità Cattolica* desde el año 1860, correspondiendo de esta suma más de dos millones al año que acaba de terminar. Esto sin contar los objetos preciosos enviados al Santo Padre por conducto del mismo periódico, cuyo valor ha excedido de otro millón, y de las abundantes ofrendas recogidas por los diarios católicos de Turin, de Milan, de Florencia y demás ciudades de Italia.

Esto demuestra más que nada cuál es la verdadera opinión de Italia respecto del Soberano Pontífice. En medio del horrible estado de opresión en que se encuentran los católicos italianos, abrumados de impuestos hasta el punto de hacerlos pagar la luz y aun el aire que respiran, lo cual es una exajeración nuestra, sino una triste realidad como lo prueba la contribución sobre las puertas y ventanas que acaba de imponérselos, todavía encuentran su caridad recursos para demostrar ardiente amor y firme adhesión al inmortal Pontífice.

TELEGRAMAS.

PARIS, 1.º
La *Presse* dice que en la recepción de costumbre el 1.º de año en el palacio de las Tullerías, el Emperador estuvo mucho tiempo al cuerpo diplomático, dirigiendo palabras lisonjeras a cada uno de sus individuos.

Cuando S. M. recibió a Mr. Walewski y a la diputación del Cuerpo legislativo, dijo, que aceptaba con satisfacción los cumplimientos que atestiguan la concordia que debe existir entre los grandes Cuerpos del Estado, y que contribuye a la felicidad de la patria.

Se asegura que los Cuerpos colegisladores se reunirán del 22 al 29 del corriente mes.

ROMA, 1.º de Enero.
En la recepción de los oficiales del ejército francés de ocupación en Roma por el Padre Santo, este último expresó su benevolencia paternal y su gratitud, y apoyando especialmente en la gratitud: dijo: epuede que sea la última vez que bendiga a ese ejército con el aparato pontifical; es posible que después de vuestra marcha vengáis a Roma enemigos de la Iglesia y de la Santa Sede. Yo, a ejemplo de nuestro Salvador en el jardín de los Olivos, oraré siempre por el ejército francés, por la familia imperial, por la Francia entera y lo mismo por la pobre Italia, abrumada bajo tantos males.

FLORENCIA, 2.º
El ministerio que jurará hoy, está constituido del

modo siguiente: general Lamarmora, presidencia y Negocios extranjeros (Estado); Mr. Chiaves, Interior (Gobernación); Mr. Jacini, Trabajos públicos (Fomento); Mr. Scialoja, (Hacienda); Mr. Bafico, (Justicia); Mr. Pettinengo, (Guerra); Mr. Angioletti, (Marina); y Mr. Berti, (Instrucción pública).

NUEVA-YORK, 25 de Diciembre.

El oro está a 135 y el algodón a 51.

SAN PETERSBURGO, 1.º

Está interdicto a los polacos de las antiguas provincias polacas adquirir propiedades territoriales de otro modo que por herencia legal; sin embargo, los actuales propietarios que no hayan participado de la insurrección no tendrán obligación alguna de vender; estas disposiciones no tienen aplicación al actual reino de Polonia.

PARIS, 2.

En la Bolsa de hoy quedaban: el 3 por 100 interior español, a 00 0/0; el exterior, a 00 0/0; la diferida, a 00 0/0; la amortizable, a 00 0/0; el 3 por 100 francés, a 68-40, y el 4 1/2, a 98-00.

LONDRES, 2.

Los consolidados ingleses quedaban: de 87 1/8 a 1/4.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL

MADRID, 3 DE ENERO DE 1866.

EL CARDENAL ARZOBISPO DE SANTIAGO al director de LA IBERIA.

CARTA 8.ª

SANTIAGO y Diciembre 30 de 1865.

Muy señor mío y de mi especial consideración. El creer que dos cosas distintas son incompatibles en un sujeto, es el error metafísico que le lleva a Vd. a decir que el poder temporal del Papa en un pequeño estado es incompatible con el poder espiritual, viniendo a decir que ese pequeño poder temporal altera y corrompe la naturaleza del poder espiritual, que por derecho divino corresponde al Papa. Yo niego el principio metafísico de su argumentación: niego que dos cosas, por ser distintas, no se pueden reunir en un sujeto sin que la una altere a la naturaleza de la otra.

Las dos cosas distintas pueden existir y existen unidas sin que se mezclen. Si nosotros dijésemos que el Papa tenía derecho a ser Emperador de todo el mundo, entonces sí que ese poder temporal sería incompatible con el espiritual, sería la infracción del derecho evangélico, que establece la distinción de las dos potestades, como la ha proclamado y sostenido siempre la Iglesia, aun en tiempo del calumniado San Gregorio VII a quien se ha levantado el falso testimonio de que aspiraba a ser Rey de todas las naciones cristianas. Si bien es verdad, que el derecho público europeo de aquellos tiempos daba al Papa cierta superioridad moral y eficaz sobre todos los reinos cristianos, no se entrometía en la administración de ellos, que estaba a cargo de los Reyes, contentándose con dirimir las contiendas que a cada paso se suscitaban entre ellos en medio de la anarquía del feudalismo. Tal era entonces el derecho público. Si fué o no conveniente su uso en aquel estado social, tan distinto del nuestro, no es del caso juzgarlo ahora.

El raciocinio de Vd. se reduce a esto. Cuando se unen en una persona dos poderes de distinta naturaleza, el uno corrompe al otro: el poder temporal y espiritual son de distinta naturaleza, y fueron separados por el derecho evangélico, luego no se pueden reunir en el Papa sin quebrantar ese derecho, y sin que el uno altere la naturaleza del otro. A esto se reduce todo su argumento y estoy seguro que no lo presenta Vd. con más limpieza y más energía. La proposición es falsa. El general de un ejército tiene el poder para moverle y dirigirle a dar una batalla contra el enemigo, y fuera de ese caso inspecciona, gobierna y cuida de que todo esté bien ordenado en su ejército, y ese general al mismo tiempo gobierna su casa, cuida de su patrimonio y toma cuentas a su mayordomo ó apoderado. Hé aquí en una misma persona dos poderes distintos: el poder militar y el poder doméstico. Un Obispo tiene la potestad de administrar espiritualmente su diócesis y la potestad de administrar su patrimonio, al cual no tiene obligación de renunciar por el hecho de ser Obispo. Hé ahí también dos poderes de muy distinta naturaleza reunidos a cada paso en una persona, sin que el uno corrompa al otro.

Vamos a la segunda proposición del raciocinio. El poder temporal y el espiritual son de distinta naturaleza. Nadie lo duda. Fueron separados por el derecho Evangélico. Hé aquí el gran punto de la dificultad, saber hasta qué grado se extiende esa separación. Todos convenimos en que Jesucristo ordenó que el Papa no fuese César ó Emperador; que por eso dijo: dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Toda la cuestión está, pues, en saber si Jesucristo prescribió no sólo que el Papa no fuese Emperador del mundo, sino que tampoco fuese nunca Rey en un territorio de pocas leguas de diámetro. Esto es lo que había Vd. de demostrar, y lo único que demuestra es lo que todos confesamos que el Papa no debe ser Emperador. Así, pues, siendo falsa la primera proposición, y siendo la segunda verdadera en un sentido, y falsa en otro, la conclusión que, como decían los escolásticos, sigue la parte más débil de las premisas, aunque es verdadera en el sentido de que no se deben reunir en el Papa los dos poderes en toda su amplitud, es falsa en cuanto afirma, que ni aun en un pequeño estado puede el Papa obtener el poder temporal. En una palabra, el Evangelio y los Padres que enseñaron que el Papa debía ser Papa, y el Emperador, Emperador, ó que el Papa no debía ejercer el imperio temporal en los pueblos cristianos, y mucho menos en los gentiles, no hablaban de la situación especial que resultó a la caída del imperio romano, cuando se formaron tantos reinos. Subsistió, sí, el principio general de que el Papa no debía regirlos temporalmente, como antes no debía regir el imperio, que era uno en los territorios de esos nuevos reinos. En esa situación se confirió al Papa un Estado pequeño para que no fuese vasallo de ninguno de esos Reyes, sino independiente y libre para el ejercicio del poder espiritual, y también para que apareciese entre ellos

con el decoro y dignidad que debía aparecer, atrayéndose así en parte la veneración de los pueblos, que por una especie de instinto natural respetan al que aparece rodeado de cierto brillo exterior y miran con desden al que carece de esas señales exteriores de superioridad. Esta es la teoría que justifica la excepción del principio general en la nueva situación del mundo que surgió a la caída del imperio romano. Y aunque es verdad, que la misión del Papa es ganar almas para el cielo, lo es también que ese pequeño poder temporal le dió desde aquella época más independencia y le concilió la veneración de los pueblos, cosas que sirven para hacer más eficaz su sagrado ministerio de salvar las almas. Nada de esto se opone al Evangelio, como Vd. pretende, sino que es muy conforme a la razón; y además es verdadero el principio de Odilon Barrot, de que es necesario que el poder temporal se una al espiritual en el pequeño territorio de los Estados de la Iglesia para que permanezca separado en el resto del mundo; porque la rivalidad y el orgullo de cada nación se resisten naturalmente a obedecer al que sea humilde vasallo de otra. No se ha llamado en nuestros días al Papa extranjero, aun cuando obraba, no como Rey, sino como Papa para desvirtuar la idea de obediencia. ¿Qué se hubiera dicho si fuera un pobre vasallo de otro Rey?

De esta modificación de un principio general tenemos en nuestros días un ejemplo. Los publicistas que pertenecen a la escuela de usted sostienen como una verdad el principio de desamortización; esto es, que la desamortización civil y eclesiástica es justa y convenientísima para la prosperidad del Estado; y sin embargo, esos publicistas, siendo católicos, no pueden menos de excluir de la desamortización los templos y las casas que sirven de habitación a los párrocos, y creo que Vd. tendría por un absurdo el aplicar el principio de desamortización con tal rigorismo que pasasen al dominio particular los templos, la casa del Obispo y las de los Curas.

Pues así, al dividirse el inmenso territorio del Imperio romano entre muchos Reyes, la Providencia preparó las cosas de modo que al Papa se le diese casa, que no pasase al dominio de ninguno de esos Reyes. Esta es la modificación racional que en la nueva situación del mundo, creada por el fraccionamiento del Imperio romano, damos nosotros al principio general de la distinción de las dos potestades con que Jesucristo, Rey de los Reyes y Señor de los señores, quiso se rigiese el mundo.

Quiero para aclarar estas cosas poner un diálogo que, aunque no pasó en realidad, es muy conforme a la verdad. Jesucristo dijo un día a San Pedro, yo te envío a predicar el Evangelio y a formar una sociedad religiosa que me adore a mí como su Dios salvador, sociedad que habrá de extenderse por todo el mundo; de la cual serás tú el jefe visible y mi Vicario; y después de tu muerte lo serán tus sucesores hasta el fin del mundo; te doy desde ahora todos mis poderes para que gobiernes ese mi reino espiritual y diverso de los demás reinos de la tierra;

— 560 —

Toda la noche fué terrible; de suerte que hasta las tres de la mañana no pude entregarme un rato al sueño.

—Si todo ello no hubiese sido más que ruido, dijo D. Fernando, méanos mal; pero es muy diferente, y no extrañaría que de hoy en adelante vayan empujando hasta tal punto las cosas, que al fin Roma quede desierta.

No lo permito Dios. Ello parece ser uno de esos trastornos y alborotos que sobresaltan a Roma, y que luego caen por sí mismos; pues ya conocéis el carácter de los romanos: después de mucho alborotar, de modo que parece haber llegado el fin del mundo, luego cada cual se aplica y acude a sus negocios, quedando todo tranquilo como una balsa de aceite.

—Ya vereis, Bartolo, si sucederá tal como lo digo. No es esto una broma: sino que va a salir un demonio de la casa de la Joven Italia; por cada diez romanos hay lo menos cien forasteros que van soplando el fuego, y estád cierto que los romanos, dejando su buen natural, se entregarán a los actos más brutales. El del cardenal Canciller vale ya por todas.

—Pero qué tiene que ver en esto ese illustre purpurado? Yo sé que los hermanos le quieren mal puesto que el día 31 con un pedazo de papel pegado de noche a las esquinas del Corso lo desbarató, como el viento esparce el polvo.

—Ya veo que estáis muy ignorante de lo que ha

— 561 —

tenido lugar hace dos horas. Ya sabéis que el Papa, habiendo oído ciertos gritos de muerte contra algunos Cardenales, les llamó a Palacio. Uno de los más respetables, apenas atravesó el Corso; que una turba de hombres atizados por los satélites de Ci-ceruecchio empezaron a dar silbidos y a arrojarle lodo é inmundicias, y empezaban ya a volar las piedras, cuando el cochero puso el tiro a galope y fué como un rayo por la calle de Condotti. Según aquellos furiosos, ¿no diríais quién iba en aquel coche?

—Un espía decían unos.

—No; un austriaco disfrazado, gritaban otros.

—Quería pegar fuego al café Nuevo.

—¡Desgraciado!

—Ha dado muerte a una criatura.

—¡Infame! ¡a él! ¡cojerlo a ese austriaco!

Yo me dirigí a la bajada de *Capo alle case* y vi un coche que huía perseguido por algunos pilluelos que gritaban: —¡Detenerle!—Pero el cochero hacia caer una lluvia de latigazos sobre los caballos, y corriendo como el viento, dejó detrás de sí a mucha distancia una oleada de gente que por instantes se aumentaba de un modo horrible. En las dos carnicerías, los cortantes, los vendedores de leña, los revendedores, gritaban y salían de las tiendas preguntando: —¿Qué es esto? ¿qué hay?—Un austriaco. —A él todos. —Todo el mundo salía a la ventanada, arrojándose a las puertas, las mujeres en medio de aquella apretura de gente levantaban al aire sus

— 564 —

furiosos: este hombre bárbaro, en lugar de dejarla libre y desembarazada, movido a compasión por su Eminencia, a n de que pudiera escapar, muy al contrario, cometió la villanía y la crueldad de enviar a ella cuatro soldados con orden de ensartar a bayonetas al Cardenal si intentaba franquearse el paso y huir.

Al oír Bartolo semejantes sucesos, rabiaba, se agitaba en la silla, cogíase a la reja del locutorio, que hacía temblar con sus apretones, y ya miraba a Elisa, que acababa de bajar a verla, y ya hacía señas y echaba significativas miradas a la superiora.

—¿Qué tal os parece esto, amigo? Vos que tanto exaltábais a la guardia cívica, ¿cómo podríais creer que entrasen los señores a corromperla y a extrañarla hasta ese extremo? En este mismo instante, las casas de los Cardenales están bloqueadas y a nadie se permite la salida. Yo mismo al venir aquí he visto dobles centinelas en las puertas de los palacios y en todas sus salidas: vos mismo podréis verlo al volver a vuestra casa.

—Entonces me voy a Albano: Elisa arregláte y disponte a acompañarme, pues quiero apartar de mi vista unos espectáculos tan dolorosos para mí.

—Muy bien: ahora habláis como un hombre.

—Creedme, D. Fernando, que cada día voy viendo más claro. Elisa, arregla tus cosas, que mañana por la mañana vendré por tí, y después de hacer una visita a la tía, nos iremos a disfrutar algún sosiego en la quinta de Albano.

— 557 —

Sin embargo, no dicen esto mismo los romanos, puesto que fueron testigos presenciales de semejantes monstruosidades, tan fuera de la naturaleza y tan sensibles para todo el pueblo cristiano y civilizado: ellos pues aseguran en alta voz a la Italia que nuestra relación no pinta ni describe la milésima parte de los desastres cometidos en Roma durante aquellos días. No puede tampoco decirse que escribimos por resentimiento ó por venganza: pues en toda esta dolorosa relación sólo repetimos lo que los conspiradores de Italia obraron a la luz del día, públicamente, en presencia de Roma y de Europa, vanagloriándose, alabándose por ello, publicándolo con jactancia y como un triunfo en todos los periódicos de la Península, con un estilo tan hinchado y campanudo, que al leer cosas tan despreciables y locas, no puede evitarse un sentimiento de indignación, de lástima ó de risa.

pero te advierto que el Emperador que desde Roma domina en todo el mundo conocido ha de gobernar los pueblos en cuanto a los negocios temporales. Hago esta división de poderes porque un hombre sólo no podría soportar el peso de ambos. Así, pues, como Dios y Señor que soy del mundo, ordeno la distinción de las dos potestades, la una para cuidar de los negocios espirituales y de la salvación de las almas, y la otra para cuidar de los negocios temporales y de la paz de los pueblos: ni tú aspirarás a ejercer el Imperio, ni el Emperador debe aspirar a ser Papa.

Quedo enterado, Señor, dijo San Pedro, y así lo enseñaré a la Iglesia que se forme; para que mi sucesor y todos los demás lo tengan entendido. Pero permitidme, Señor, haceros una pregunta.—¿El Imperio romano habrá de durar hasta el fin del mundo?—Y Jesucristo le respondió: No, sino que, pasados algunos siglos, yo, parte para castigar los crímenes del Imperio, parte para facilitar el conocimiento de mi Evangelio a las naciones bárbaras, que ahora habitan más allá de las fronteras de ese Imperio, haré que ellas le invadan, le inunden con sus hordas, le dividan en muchos reinos, al frente de cada uno de los cuales se pondrá un Rey independiente de los demás. Hé aquí lo que saldrá de esa catástrofe espantosa.

Permitidme, Señor, dijo San Pedro, preguntaros todavía una cosa. Mientras duró el Imperio, comprendo que vuestro Vicario debe ser súbdito del Emperador en cuanto al gobierno de las cosas temporales; pero en esa nueva situación no puede ser súbdito a la vez de todos los Reyes; porque en el orden temporal le mandarian cosas contradictorias, y quedando súbdito de uno sólo, los demás van a entrar naturalmente en celos; van a creer que vuestro Vicario vive supeditado a él; van a sentir una repugnancia natural a obedecer, aunque sea sólo en el orden religioso, al humilde vasallo de otro Rey.

Y Jesucristo le contestó: mi sabia providencia, que toca de un extremo a otro con fortaleza y dispone todas las cosas suavemente, hará que para evitar esos inconvenientes resulte el Papa Soberano de un pequeño Estado; de modo que ni aun en lo temporal sea súbdito de ninguno de esos Reyes, y los cuales gobernarán sus reinos en lo temporal, y del mismo modo gobernará el Papa temporalmente su pequeño territorio, sin que esto le embarace gran cosa para gobernar mi Iglesia. Hé aquí la teoría que los católicos sostenemos que no es opuesta al Evangelio, sino que es muy razonable, y sabemos que el Evangelio no condena las cosas razonables.

Para combatir estas ideas tan racionales hace Vd. una reseña de las turbulencias que en ese período de los mil años ha habido en Roma, de las contiendas de algunos señores feudales por apoderarse de ella, de los esfuerzos que con el mismo objeto hicieron los Emperadores de Alemania, y todo esto, dice Vd. que fué causado porque los Papas ejercían el poder temporal en la ciudad de Roma y en el corto número de provincias de sus Estados; y que para defender este poder llamaban los Papas, unas veces a los francos, otras a los alemanes, y no se olvida Vd. de indicar los escándalos de las Teodoras y Marcias. Pues bien, Vd. atribuye todas esas calamidades al poder temporal del Papa; yo, por el contrario, y conmigo todos los historiadores más imparciales, no echamos la culpa de esos trastornos que han sucedido en Italia al poder temporal del Papa, sino a la anarquía que era consiguiente al estado político que entonces tenía el mundo, y a la ambición de los tiranos grandes y pequeños que pugnan por usurpar lo que no era suyo, y por dominar las elecciones de los Papas para hacer de ellos instrumentos de su ambición. Esos mismos esfuerzos de los malvados mostraban la necesidad de que el Papa fuese independiente,

y si su poder temporal no siempre alcanzó a darles esta independencia, no por eso era inútil, como no son inútiles las leyes que se dan para contener los desmanes de los hombres, aunque no siempre los contengan.

Para concluir las contestaciones a mi segunda carta, me pregunta Vd. cuál es el reino temporal en cuya constitución intervino de una manera especial la Providencia, y si son fijas y determinadas las provincias sobre que existe el título primitivo de los Papas? Diré a Vd. que el reino, en cuya constitución intervino de una manera especial la Providencia, fué el que resultó de las *restitutiones y cesiones* que hizo Pipino y confirmó luego Carlo Magno.

Añadiré que por los tratados ajustados legítimamente ha podido modificarse la extensión de ese territorio, y ha podido ser aumentada con otras pequeñas donaciones de los siglos posteriores. Y respecto de las variaciones que en la sucesión de los siglos han sobrevenido en ellos, diré que han podido ser justas alguna vez; pero la historia atestigua que las más de las veces han sido tropelías; porque Dios no se comprometió a que el Papa no las sufriese en sus Estados temporales. El Episcopado español ha tenido en cuenta todo eso para oponerse al reconocimiento del llamado reino de Italia; porque tiene por una injusticia notoria el despojo reciente de algunas provincias del Papa y no puede admitir que sea lícito sancionar, con una aprobación explícita, semejante despojo. El Papa y los Obispos se resignarán, si entra en las miras de la Providencia que el Papa quede despojado definitivamente. Pero el Papa y los Obispos entretanto deben sostener los fueros de la justicia por los medios legítimos, y si su voz subleva las conciencias, dirá que es una cosa natural que las conciencias cristianas se indignen contra una injusticia notoria. Esa sublevación es contra la injusticia y nada más. Si algunas conciencias se sublevaran hasta llegar a medios reprobados, nosotros condenaríamos esa especie de sublevación.

Al concluir la contestación a mi segunda carta se da Vd. por entendido del pasaje de San Pablo en el capítulo 13 de la carta a los romanos, que Vd. en su exposición principió a poner, y yo añadí la continuación que Vd. temió estampar; porque sin duda le causaba miedo al ver las doctrinas políticas que asienta el Apóstol en el citado pasaje. No lo dude Vd. asienta los más altos principios de política, ó de conservación del orden social. «No hay potestad, sino de Dios, dijo: El que resiste a la potestad, resiste a la ordenación de Dios, y los que resisten, ellos mismos se atraen la condenación.»

Dice Vd. que no quiere entrar en discusiones políticas conmigo. Un católico con quien yo estoy disputando no puede entrar en discusiones sobre esas dos máximas políticas: porque partimos ambos del supuesto de que la carta a los romanos es un libro inspirado por Dios, y a cualquiera se le alcanza que es preciso haber perdido la cabeza para disputar a Dios la sabiduría y bondad de su enseñanza política.

Dice Vd. que he confundido el derecho divino con el derecho político; y en un sentido es verdad; porque el derecho divino se confunde, y no puede menos de confundirse, con el derecho político enseñado por Dios. Ahora, lo que no es tan cierto, es lo que Vd. me imputa en seguida diciendo que condeno toda reforma popular, y que defiendo el despotismo. Dios me libre de defender semejante barbaridad. En cuanto a reformas populares, admito desde luego las que el pueblo haga en una República sin quebrantar los eternos principios de la justicia; porque en esa forma de gobierno la soberanía reside en el pueblo. En las demás formas el pueblo podrá hacer todo lo que quiera, *ménos resistir a la autoridad*, que es lo que prohibe Dios, sin resolver el caso extremo de una tiranía bárbara é intolerable, como la de Neron, a que se llega

algunas veces en el mundo. Los cristianos, sin embargo, las sufrieron sin sublevarse. Con tal que no se quebrante la máxima de derecho político enseñada por el Apóstol, los pueblos tienen derecho a procurar las variaciones que estimen convenientes en la gobernación del Estado; y así como San Agustín decía, *ama a Dios y haz lo que quieras*, así puede decirse en cierto modo en política: reconoce eficazmente que toda potestad viene de Dios, y que todo el que resiste a la potestad, resiste a la ordenación de Dios, y haz lo que quieras; porque en efecto, así como el que ama a Dios no puede menos de guardar todos los otros mandamientos, así el que reconoce que la potestad de un soberano legítimo viene de Dios, y que no es lícito desobedecerla, y mucho menos resistirla ó derribarla, profesa el único principio salvador del orden social, y nunca se propondrá perturbarlo. Si con esta explicación del pasaje de San Pablo está Vd. de acuerdo, no quiero entrar en disputas sobre los principios de esta ó la otra escuela, por aquello de San Agustín *in dubiis, libertas*; pero no olvide Vd. lo otro de *in necessariis unitas*.

Por aquí puede Vd. conocer que yo no sostengo, como me imputa equivocadamente, la inmutabilidad de los Gobiernos, y que no puedan ser en el siglo XIX otra cosa que lo que han sido en los siglos anteriores. Desde luego, si una república quiere convertirse en monarquía, nadie se lo priva. Si un pueblo, que ha vivido bajo una monarquía para, pide tener representación en la gestión de los negocios públicos, y el Monarca, viendo que es verdaderamente universal el deseo, y después de consultado este negocio gravísimo con las personas de ciencia y virtud, accede a ello, no veo por qué ha de ser ilícita esta variación. Pues cuando se siente por todo el pueblo esa necesidad, y digo por todo el pueblo, y no por un puñado de facciosos, pareceme que, si yo fuese rey, me creería obligado en conciencia a satisfacer esa necesidad, porque los Reyes han sido puestos por la Providencia para servir a los pueblos.

Acaso extrañará Vd. como ya extrañó otra vez, que un Príncipe de la Iglesia profese estas máximas, como si los Principes de la Iglesia no entendiesen nada acerca de los derechos de los pueblos. El Papa y los Obispos somos, no los señores y los amos de la Iglesia, sino los criados y ministros de Jesucristo, el cual es el único Señor; así también los Reyes no son los señores y los amos de los pueblos, no son señores de vidas y haciendas, sino que son los ministros de Dios; que por eso decía de ellos San Pablo en el célebre pasaje del capítulo 13 a los romanos, *Dei enim minister est tibi in bonum*. «El Rey es para tí ministro de Dios para el bien. Mas si hicieres el mal, teme: porque no van yano lleva la espada: pues es ministro de Dios, vengador en ira contra aquel que hace lo malo.» Vea Vd. pues, si yo soy defensor del despotismo.

Ultimamente hace Vd. una recapitulación de sus contestaciones a mi segunda carta, y dice: 1.º que me equivoco al afirmar que ninguna alma buena ha clamado en los mil años contra el poder temporal del Papa como contrario al Evangelio, existiendo la voz de la historia de todos los siglos. Me remito a lo que he dicho sobre este sonido inarticulado de la historia.—2.º Que es indudable que es contraria al espíritu del Evangelio y a la misión divina del supremo Pastor de la Iglesia la mezcla de lo espiritual con lo temporal, la de lo sobrenatural con lo natural.

Respondo, la mezcla sí; la unión, no; entendiéndose la unión del poder espiritual con el temporal en un pequeño territorio, no en el imperio romano, ó en todos los imperios de la tierra. En Jesucristo hay la unión de la naturaleza divina y humana, pero no la mezcla.—3.º Que el reino temporal del Papa no tiene

distinto origen que los demás reinos de la tierra, ni el Sumo Pontífice más títulos ni derechos que los otros Soberanos del mundo. Respondo que en el fondo es: verdad lo que usted dice; porque no sostenemos los Obispos que el reino temporal del Papa sea de derecho divino, como lo es su primado de honor y jurisdicción en la Iglesia: sino que ese reino tiene un origen humano como los demás reinos; y he dicho que es más puro ese origen porque no hubo allí usurpaciones, como las ha habido en el origen de otros reinos. En el origen del reino temporal del Papa hubo abandono del Emperador de Bizancio, restituciones de los Lombardos usurpadores, y concesiones de Pipino, hechas de territorios ganados en guerra justa. Y todo esto es conforme a los principios de justicia, lo cual no sucede en los orígenes de todos los otros reinos.—4.º Que la soberanía temporal del Papa disminuye su libertad de acción y amengua su prestigio. Este aserto me parece contrario al buen sentido.—5.º Que se comprende que un protestante como Guizot, y un incrédulo como Voltaire, sostengan que una misma persona tenga el poder Real y el poder espiritual; pero que no se puede comprender que un Prelado católico se apoye en aquellas autoridades.

Me asombra esta argumentación. ¿Los padres de la Iglesia no han citado siempre la autoridad de escritores gentiles para apoyar las doctrinas del Cristianismo, cuando estos las confirmaban? Pues así yo he citado la autoridad de un escritor heterodoxo, y Vd. añade la de un incrédulo, de quien yo no quise hablar, para decir: ¡si esos hombres que están tan distantes de pensar en religión como los Obispos católicos, convienen con ellos en este punto concreto del poder temporal, no es esto una señal de que sostenemos una verdad tan clara que, aun los hombres más obcecados y más apartados de nosotros en religión, reconocen y confiesan? Sólo la verdad puede reunir en un punto a hombres tan distantes en ideas como un católico, un protestante y un incrédulo, como el agua del arroyo reunió al lobo y al cordero para apagar la sed. Los protestantes y los incrédulos, por más que se halle oscurecida en ellos la razón en cuanto a la verdad religiosa, no dejan de ver de cuando en cuando algún punto luminoso de ella.

Ultimamente dice Vd.: «Si el voto de los pueblos era el título legítimo para establecer la soberanía temporal del Papa, ¿por qué el sufragio universal es un título de condenación para la constitución del reino de Italia, y para reconocer como Rey a Víctor Manuel? Vuestra eminencia sabrá la diferencia.» Y tanto que la sé! Hay tres diferencias esenciales, primera que Roma, con sus cercanías, había sido abandonada por el Emperador que era el Rey legítimo, y los Estados anexionados por Víctor Manuel no habían sido abandonados por sus legítimos Soberanos. ¿Le parece a Vd. que no hay diferencia?

Segunda: cuando el Papa llamó a Pipino para que defendiese a Roma y sus cercanías de las usurpaciones de los lombardos, Roma y todo el pueblo romano aborrecía el yugo de aquellos hombres semi-bárbaros, y proclamaba por su Soberano al Papa, ya que el Emperador había renunciado implícitamente a serlo; y en esa situación en que un pueblo no tiene Soberano, nada más natural, nada más justo, que el que se lo busque él mismo por el sufragio universal. Pero cuando un pueblo tiene Soberano legítimo no tiene derecho a *resistir a la autoridad*, como enseña San Pablo, ni a declarar la cesante, aunque sea por un verdadero sufragio universal.—*Qui potestati resistit Dei ordinatione resistit*. Esta es la sencilla y pura verdad evangélica. Los políticos podrán sostener la doctrina contraria; pero bien conoce usted que para un cristiano no hay elección entre

la enseñanza de Dios, y la enseñanza de los hombres que la contradicen. Esta es la segunda diferencia esencial.

Tercera: niego rotundamente que haya habido sufragio universal en favor de Víctor Manuel al usurpar las provincias de los Estados Pontificios. Todo el mundo sabe lo que ha pasado, y al hablar de sufragio universal en este caso es una cosa risible, ni creo que ningún hombre de razón lo afirme con formalidad. Se han contado los votos del plebiscito hecho después del uso brutal de la fuerza en medio de la intimidación y de todos los amaños que en semejante situación suelen usarse en los tiempos que corremos, y todo el mundo sabe a cuánto ascendió el número de votos. Vea Vd., pues, si sé la diferencia que hay entre el modo de adquirir el poder el Papa, y el modo de adquirirlo Víctor Manuel. Páreceme que estas diferencias son dignas de tomarse en consideración para juzgar los dos acontecimientos.

No quiero decir más sobre este punto....

Al comenzar Vd. la contestación a mi tercera carta, le veo con sorpresa quejarse con amargura de que he lastimado injustamente su lealtad, porque dije que «los enemigos de la soberanía temporal del Papa, que tienen conciencia de lo que piensan y de lo que quieren al trabajar por arruinarla, miran su caída como un medio de conseguir la ruina de la potestad espiritual.»

Este es todo mi pecado y mi falta de caridad. Al estampar esa cláusula lo hice con conciencia y con plena advertencia de lo que escribía, y la di el giro conveniente para que no se creyese usted comprendido en ella. Yo no tengo culpa de que Vd. haya olvidado las reglas de la dialéctica acerca de las proposiciones indefinidas, como es la mía. Si yo hubiera dicho *todos* los enemigos del poder temporal, que tienen conciencia, etc., pudiera Vd. quejarse con razón de que le atribuía el deseo de arruinar la potestad espiritual del Papa, deseo que no cabe en un católico, como yo le creo a Vd., aunque pienso también que yerra en cuanto a algunas doctrinas católicas. La proposición indefinida es la que no tiene aquellas palabras que la colocan en la clase de universal, de particular ó de singular, como esta: «los soldados españoles son valientes,» lo que no quiere decir que no haya entre ellos algunos cobardes. Las proposiciones indefinidas se aproximan, sí, a las universales y significan que la mayoría de los individuos de la especie de que se habla, es la que se afirma ó se niega; de consiguiente, ha deducido Vd. mal al creerse comprendido en ella, porque teniendo Vd. conciencia, como tiene, de que no desea la ruina del poder espiritual, debió Vd. deducir que era de los exceptuados en una proposición indefinida. Así debió usted interpretar mi cláusula.

La verdad es que en aquel momento tenía presentes a Mazzini y a otros como él, que indudablemente desean la ruina del poder espiritual por medio de la del temporal, y que lo hice para retraerle a Vd. de la opinión preconcebida contra el poder temporal del Papa, y para que no se confundiese con los enemigos declarados de la Iglesia. Siento que haya creído usted que he querido hacerle pasar por herege, cuando al que niega la necesidad del poder temporal del Papa, por más obstinado que fuese, no se le podía dar nunca tal calificación, aunque mereciese otra, por la sencilla razón de que no ha sido revelada por Dios esa verdad, sino que es de otro orden.

Un bien, sin embargo, ha venido de la equivocada inteligencia de Vd., y es su protesta ardiente de Catolicismo al decir: «Nosotros conservamos como una de nuestras más preciosas prendas el Catolicismo, que nos han enseñado nuestras madres, y en que nos hemos asegurado cada vez más en nuestra edad madura. Nosotros deseamos ardientemente ver al sucesor de San Pedro desempeñar con toda pureza, y

y se dirigieron al patio de la Cancillería, y llamando al capitán de la guardia, le notificó la orden de Su Santidad. Mientras que el capitán se disponía a responder, el teniente que había intimado el arresto del Cardenal, le interrumpió diciendo en tono brusco:—¿Qué Papa ni qué?... El Cardenal es un traidor, y nuestro prisionero.

—Pero señor oficial, señores soldados, tengan ustedes juicio: esta orden procede del mismo Soberano, y es cosa decidida: quiere tener al Cardenal junto a su sagrada persona: sean Vds. romanos, y no se obstinen en resistir.

—No, no saldrá.—Entonces el general, mirándole de soslayo, le dijo:—Veremos quien se atreve a tirar a mi pecho cuando lleve a su Eminencia.—Y aquel desdichado añadió:—Tiraremos a ambos.—Luego dió una ojeada a los demás, quienes corrieron a tomar los fusiles, y se arrojaron a las escaleras, a las tribunas y a las puertas con las bayonetas armadas; de manera que el Cardenal no salió de su aposento, como el mejor partido que podía tomar. El general se volvió irrisiblemente en medio de los gritos y silbidos de aquellos alborotados.

—Sabéis, amigo Bartolo, que en aquel gran palacio de la Cancillería hay una escalera secreta, para librarse por ella en los casos apurados que pueden acontecer a los grandes señores. A uno de los oficiales de guardia, que conocía a palmo el palacio, le ocurrió la idea de dicha escalera, cuya existencia ignoraban completamente todos aquellos

criaturas y corrian, ó mejor eran arrastradas por el gentío, que se asemejaba al mar enfurecido.—¡A él!—¡Mueran!—Es un incendiario.—Al fin sólo con grandísimo trabajo pudo el infeliz Cardenal llegar a ponerse en salvo detrás de los jardines del Papa.

—¿Qué me contáis, Sr. D. Fernando? ¿Qué indignidad! ¿Y es posible que en Roma se cometan semejantes excesos?

—Hombre esto es nada en comparación de lo hecho en el palacio de la Cancillería. Habiendo Su Santidad llamado al Cardenal, envió el coche en que iban monseñor mayordomo y un camarero secreto, para arrancarlo de las manos de los civicos, que lo miraban con ojo su prisionero. Apenas asomó el coche a la plaza, que salieron aquellos del cuartel, y se alinearon delante de la portezuela, y apuntando las bayonetas, gritaron:—Detente: aquí no pasa nadie.

El señor mayordomo dijo: que tenía orden de Su Santidad de llevarse el Cardenal a su palacio. Entonces adelantóse un temerario, segundo ayudante, y respondió con la mayor insolencia:—¿Es una orden escrita?—Monseñor le contestó noblemente que cuando el Papa envía su mayordomo en persona y con el hábito de tal, nunca da las órdenes por escrito.—Pues sin orden nadie pasa.

Cuando el Pontífice tuvo noticia de semejante violencia, hizo llamar al general de la Guardia civil, y le encargó que le llevase el Cardenal. El general subió al coche acompañado de un Prelado,

CAPITULO XXXIII.

UN DESENGAÑO.

¡Oh! en cuanto a mí (decía Bartolo al Sr. D. Fernando en el locutorio de San Dionisio, a donde fué a ver a Elisa, quien tendrá presente el lector que había pedido permiso para ir a pasar algunos días al lado de sus buenas y queridas madres), en cuanto a mí, Sr. D. Fernando, en verdad no sé donde tengo la cabeza: hace dos días que Roma puede compararse a una enferma que se agita en medio de las más crueles convulsiones. Después de calmarse un poco, os mira con ojos entre alegres y desmayados; pero luego, sin saber por qué causa, cierra los dientes con un rechinar y erugimiento terribles, aprieta los puños, meneas la cabeza, apunala las rodillas, enarca el cuerpo y despierta unos chillidos que si estuviese espiritista. Aquella tarde del 29 de Abril parecía que iba a hundirse Roma y el Corso en el infierno abierto a sus pies.

sin perturbación para bien de la Iglesia las atribuciones de su primado universal. Pero al paso que me congratulo con Vd. por esa manifestación no puede menos de indicarle que yo, católico, temería al verme luchando con todo el Episcopado católico, al cual puso el *Espritu Santo para regir la Iglesia de Dios*, y nunca quisiera desempeñar el papel de Savonarola que desobedeció al Papa cuando le prohibió predicar, cuya desobediencia pudo haber tenido disculpa en el tribunal divino. Sólo en el día del Juicio sabremos de cierto si Savonarola fué un mártir, ó más bien un fanático.

Respecto de Pascual II sólo diré que el Emperador le puso preso, y en la prisión le arrancó la concesión para dar la investidura de los feudos por la entrega del anillo y del báculo símbolos naturales de la trasmisión de la jurisdicción espiritual, que el Emperador no podía dar; y en verdad que arrancar una concesión á un Papa encarcelado no es la mejor señal para juzgarla justa, ni para repetir, como usted hace, no sé si seriamente, lo de la famosa fórmula. «La Iglesia libre en el Estado libre.» Y digo que no sé si lo dice Vd. seriamente, porque me parece que no puede decirlo así ningún hombre formal.

Hasta otro día se repite de Vd. como siempre atento S. S.

EL CARDENAL ARZOBISPO DE SANTIAGO.

CONCLUSIONES DEL CONSEJO DE ESTADO CONTRA EL EMINENTÍSIMO CARDENAL ARZOBISPO DE BURGOS Y CONTRA LOS REVERENDOS OBISPOS DE TARAZONA Y DE OSMÁ.

Artículo primero.

Aunque no se han publicado todavía las conclusiones presentadas al Consejo de Estado en pleno por su sección de Gracia y Justicia, contra estos venerables Prelados, ni el dictamen que en vista de ellas ha de elevar el Consejo al Gobierno de S. M., ya los periódicos han dicho cuáles, entre aquellas conclusiones, acaba de aprobar este cuerpo consultivo, y con ellas el juicio que ha formado y la respuesta que ha determinado dar al Gobierno sobre las exposiciones de los Prelados que le fueron remitidas. Estando contestes las noticias de los diarios en este punto, las cuales no han sido contradichas por los órganos oficiales ni oficiosos del Gobierno, no parece temerario creer que en efecto el Consejo de Estado ha dado su aprobación á las conclusiones de la sección de Gracia y Justicia contra el Eminentísimo Cardenal Arzobispo de Burgos y contra los Reverendos Prelados de Osmá y Tarazona. Y como sea de temer que el Gobierno de S. M. sancione dichas conclusiones y las ponga por obra, lo cual sería verdaderamente deplorable, aun antes que salga á luz la consulta del Consejo de Estado, hámos parecido bien adelantarnos á la publicación de este documento (si es que llega alguna vez á publicarse) y examinar y refutar sus conclusiones antes que sean aceptadas por el Gobierno y sean tornadas en hechos gravísimos, que á toda costa importa prevenir.

No se crea por esto que nos halaga la ilusión de que nuestras palabras han de comover el ánimo de los ministros y determinarlos á desestimar la consulta del Consejo de Estado. No; harto sabemos que esta materia ha de ser juzgada por el Gabinete, como ya lo ha sido por el Consejo de Estado, según las máximas de un liberalismo regalista que tiende, por lo ménos, á coartar la santa libertad é independencia de la Iglesia, y que, poseyendo como posee la fuerza, todavía se asusta de las representaciones de sus venerables Pastores, y pretende humillarlos y reducirlos al cautiverio de la razón de Estado; harto conocemos el espíritu y las tendencias del ministerio, para pretender convencerle de la verdad que nos proponemos demostrar en estos artículos. A esto se allega que la política ministerial está interesada en que resulten y sean reprimidos como culpables los señores Prelados sometidos al Consejo de Estado, quienes representaron contra la marcha del Gobierno en la parte relativa al reconocimiento del titulado reino de Italia con todo el sagrado fuego que inspira el amor de la Religión y de la justicia; por lo cual fueron sus exposiciones remitidas al Consejo para que viese de hallar en ellas causa merecedora de castigo, mostrando así el Gobierno el enojo que le causaron, y el deseo de vindicar sus consejos ante el tribunal de la conciencia pública, que tanto valor reconoce en enseñanzas de sus legítimos guías y maestros. ¿Cuánto no se gozaría el ministerio O'Donnell en el triunfo que aun cuando aparente y fugitivo alcanzara la política relativa á Italia, si tres de los venerables Prelados que la combatieron con tanta libertad y en uso de su derecho, dentro de los límites trazados por su augusta ministerio, se viesen humillados bajo el peso de una represión pública ó privada precedida de una declaración solemne y oficial de su culpabilidad imaginaria!

Pero hay más todavía. Uno de los miembros, y acaso el más influyente del ministerio, está personalmente interesado en la definitiva aprobación de las conclusiones del Consejo de Estado contra los venerables Prelados de Osmá y de Tarazona: hablamos del Sr. Posada Herrera. A pesar del talento que distingue á este notable personaje, el cual resplandece singularmente en sus discursos, parece ser cosa cierta que al inaugurar su marcha el Gabinete O'Donnell, abiertas las pasadas individuales Cortes, pronunció en ellas palabras gravemente ofensivas de la verdad católica y sobremadura escandalosa, que acaso han sido una de las cau-

sas de la recrudescencia del espíritu de impiedad y de blasfemia que viene manifestándose en obras y palabras desde que pronunció las suyas malhadadas en pleno Parlamento el señor ministro de la Gobernación. Gloria fué entonces y lo será siempre de los venerables Prelados de Tarazona y de Osmá haber corregido públicamente al orador que desde lo alto de su silla ministerial, encumbrada sobre el mismo Parlamento, sembró cizaña de funestísimos errores, y alentando con su palabra y con su ejemplo la especie de conjuración que desde entonces se levantó más fuerte que nunca contra el Catolicismo. Pero aquella saludable corrección que tanto honra el celo de los venerables Prelados, hubo de lastimar al señor Posada Herrera, y moverle no ya á retractar humildemente sus errores y reparar así el escándalo producido, sino á remitir al Consejo de Estado las exposiciones donde los señalan y combaten valerosamente con las armas de la fe y de la doctrina los nuestros puestos por Dios para enseñarla y defenderla. Ahora bien, la declaración de culpables que el Consejo de Estado hace de los reverendos Prelados de Osmá y de Tarazona porque corrigieron los errores del Sr. Posada Herrera, que aun no los ha retractado, puede excitar en su ánimo sentimientos nada favorables á la imparcialidad que pide la rectitud de los juicios humanos.

En resolución, los ministros que han de resolver en vista de las conclusiones del Consejo de Estado son pa te interesados en su aprobación, y parte prevenida por las preocupaciones liberales en favor del dictamen acordado por este cuerpo. ¿Qué confianza hemos, pues, de tener nosotros, pobres y humildes escritores, de llevar á sus ánimos la luz de la convicción?

Pero aun es posible que haciéndose en cierto modo superiores á sí mismos, oigan los ministros la voz de la verdad que nos proponemos esclarecer, y comprendan y hagan justicia á la inocencia ya que no también á la sublime virtud y celo de los venerables Prelados. Esta esperanza, aunque remota, bastaría para justificar nuestro noble propósito de volver por la causa de la libertad é inmunidad de la Iglesia, lastimada dolorosamente por el Consejo de Estado en las conclusiones que hemos de examinar y combatir.

¡Lástima grande que sea una pluma tan modesta como la nuestra la primera que se consagra á la defensa de tan sagrados objetos! Perdónese también que á pesar de ser, como somos, legos y profanos, acometamos tamaña empresa. Bien que siendo legos también, los consejeros que juzgan y acriminan á los Principes de la Iglesia, no parezca mal que legos los defiendan y ensalcen su esclarecida virtud.

JUAN MANUEL ORTÍ Y LARA.

Las noticias que respecto á orden público hemos dado en los últimos días, y los párrafos excesivamente tranquilizadores de *La Correspondencia* que hemos trasmitido, habrán demostrado bien á las claras á nuestros lectores que en último resultado la tranquilidad no estaba tan asegurada como se quería suponer. Pero si alguna duda quedaba, bastaría á destruirla el siguiente artículo de *La Correspondencia*, que transcribimos íntegro omitiendo todo comentario:

«Pregunta anoche el nuevo periódico *La Dinastía*: «¿Hay motivos para temer que la tranquilidad pública se altere?...»

«¿Quién se mueve?...»

«¿Qué elementos se ponen en juego?...»

«¿Lo sabe ó lo ignora el Gobierno?...»

Nuestras respuestas á estas preguntas serán tan categóricas como pueden descarse: de este modo contestaremos al mismo tiempo á los que acusan, á los que temen, y á los que aparentan burlarse, en la delicada cuestión de orden público, del Gobierno.

«No hay motivo alguno para temer que se altere la tranquilidad pública. Los mal avenidos con el orden son impotentes por sí; no encuentran auxiliares extraños; han recibido recientemente avisos, que se conocen, de que no pueden contar con ciertos elementos en que principalmente confían; y no han de ser tan imprudentes ó tan ciegos que, conociendo su debilidad y el prestigio y la fuerza del Gobierno, vayan á proporcionar á este un fácil triunfo, y un escarmiento terrible dentro y un desengaño ridículo á los que, mirándolos desde fuera, suponen, gracias al lenguaje de ciertos periódicos que en España la revolución tiene fuertes y poderosos partidarios. Se bulle, se habla, se conspira, pero no hay temor de que el orden se turbe.»

«Hoy se mueven (y contestamos á la segunda pregunta) *los de siempre*; los mal avenidos con todos los Gobiernos; los que ayer conspiraron contra Narváez; los que hoy quieren acabar con O'Donnell; los que atacarán mañana á sus propios amigos, si ellos no alcanzan el poder; y los que, alcanzado este por la revolución, tendrían que ser combatidos por cualquier ministerio, si quiera se hallara al frente del Gobierno el marqués de los Castillejos ó el pacificador de España, el ilustre duque de la Victoria.»

«Pero afortunadamente para el país, los elementos que se ponen en juego para alterar el orden público, unos son inocentes é inofensivos y otros de pobre y escasa fuerza. Se dice todos los días que la Unión liberal desaparecerá pronto de la escena política por la voluntad de la Corona; y que constituido luego un ministerio moderado, á este le será fácil destruirle; sin tener presente que, aparte del afecto indudable que la Reina tiene al duque de Tetuán, á nadie pueden ocultarse los graves inconvenientes que tendría un cambio ministerial en estos momentos.»

«Cuentan los revolucionarios además que que anunciando todos los días temores de trastornos y Consejos extraordinarios y precauciones militares queda demostrado que el Gobierno es débil y se asusta, y que en Madrid hay elementos revolucionarios capaces

de auxiliar á los que puedan existir en las provincias y de ser útiles á los extranjeros enemigos de nuestra paz y de nuestras leyes, sino previsión y deseo de evitar trastornos. Pero ni el Gobierno se preocupa por lo que hacen los enemigos del orden, contentándose con ir anulando sus elementos á medida que los van reuniendo homopáticamente y con trabajo: ni muestra temor alguno, ni hace otra cosa que vigilar á los descontentos; ni hay en Madrid otros elementos de revolución que unas pocas personas, divididas en dos grupos, que pueden provocar manifestaciones pacíficas pero que son impotentes para arrastrar, sin grave peligro y seguro escarmiento propio y ajeno, á una docena de individuos de los que la mitad no ocultan ciertos pasos á sus superiores y el resto se ofrece para el día que afortunadamente para ellos y para todos esperamos que no llegue jamás.»

«Y lo esperamos así, porque respondiendo á la última pregunta de *La Dinastía*, diremos á esta, y al público, y á las mismas personas que se agitan, que el Gobierno lo sabe todo, que conoce á todos, que sobre todos tiene la vista y entre todos cuenta con partidarios, y que si su respeto profundo á la ley y su amor por la patria, interesada antes de todo en la conservación del orden público para que no sufra el crédito, obligan al Gobierno á contentarse con vigilar á los revolucionarios y á desbaratar sin persecuciones ni ruidos, sus proyectos, evitando así que llegue el caso de tener que reprimirlos ó castigarlos, y esperando que por ciertos actos de la autoridad los enemigos del orden vean que están descubiertos y que son impotentes para alterar la tranquilidad pública; si nada de esto basta para desengañarlos y tratar de llevar á realización sus locos planes (cosa que reñiremos cien veces que no es de temer actualmente), tan rápido sería el escarmiento que sólo tendría funestas consecuencias para los que consideran como signo de debilidad ó ignorancia, la prudencia suprema y la tolerancia de que está dando pruebas repetidas el Gobierno.»

La misma *Correspondencia* publica las siguientes noticias:

«El coronel de reemplazo en esta corte, D. Juan Bessieres, conde de Cuba, ha sido destinado á Oviedo para que fige allí su residencia.»

«El brigadier de cuartel en esta corte D. Fernando Correa y Miñanes, ha obtenido autorización para trasladar su residencia en el propio concepto á la ciudad de Barcelona.»

«Ha sido destinado á las inmediatas órdenes del capitán general de Cataluña el brigadier D. Tomás Vela y Aguirre.»

«Ha obtenido su retiro el teniente coronel segundo jefe del tercio de la Guardia civil de Madrid D. Juan Berreras y Saraua.»

«El batallón de cazadores de Barbastro núm. 4, de guarnición en el distrito de Navarra, y el de las Navas, núm. 14 que lo estaba en el de las provincias Vascongadas, cambian respectivamente de destinos.»

«Dice un periódico que anteaer estuvieron ocupados los escribientes del ministerio de la Guerra extendiendo Reales órdenes desterrando de Madrid y otros puntos á muchos jefes, y oficiales del ejército.»

No es cierto. Ayer no se hizo más que variar el cuartel al general Nouvilas.»

Una carta de Lima que publica *La Patria*, fechada el 13 de Octubre, dice lo siguiente:

«El general Pareja ha declarado en estado de bloqueo los puertos de Chile, á partir del 25 de Setiembre. El mismo día el Gobierno de Santiago ha publicado la declaración de guerra á España. El cuerpo diplomático residente en Santiago hubiera podido ejercer una misión conciliadora, pero su intervención ha sido completamente estéril. Preciso es saber, para explicar esta circunstancia, que Mr. Nelson, ministro de los Estados Unidos en Chile y decano del cuerpo diplomático, tiene en este país numerosas relaciones á causa de su larga permanencia en él, siendo además sumamente simpático al Gobierno chileno. Por su influencia los representantes extranjeros comentando los poderes del general Pareja han creído reconocer que no había agotado todos los medios de conciliación, pero se equivocaban al tomar como origen del conflicto entre España y Chile la nota definitiva del general Pareja, puesto que esta comunicación no era más que el fin de una larga y enojosa correspondencia seguida durante un año entre el representante de España en Santiago y el ministro de Relaciones exteriores de la república.»

«Era preciso tomar en cuenta esta correspondencia, siempre arrogante y negativa por parte del Gobierno de Chile si se quería apreciar justamente la cuestión. Chile se había negado obstinadamente á abrir los ojos á la razón, declinando todas las explicaciones amistosas y empinándose en dar á sus relaciones con la Península el carácter de su antipatía hacia ella. La misma correspondencia añade que el general Pareja no ha obrado con precipitación en sus resoluciones, y que la ruptura se debe á la perniciosa influencia del representante de los Estados Unidos.»

La carta termina diciendo que la opinión justamente conmovida por los intereses del comercio y de la industria, censura enérgicamente que ni el presidente de Chile ni sus ministros se hayan mostrado animados de un sentimiento de conciliación y que hayan sacrificado el cuidado de estos mismos intereses á un vano deseo de popularidad que los inducen á sobrescitar la opinión pública. En el estado actual de las cosas se desea vivamente que una mediación arregle el conflicto. La de la República argentina que se ofreció, ha sido rechazada.

En la noche del 24 se verificó un robo en la contaduría de la iglesia catedral de Badajoz, consistente en 1,400 reales.

«Parece que el ladrón ó ladrones penetraron en el edificio por una puerta escusada que dá á la calle de San Blas y que se encontró abierta en la mañana del 25. Para llegar al sitio donde se encontraba el dinero hubo que abrir dos ó tres puertas más, lo cual indica que los ladrones fueron bien provistos de las herramientas necesarias.»

La *Regeneración* ha pasado á ser propiedad de otra persona. El número 13, publicado ayer, ha aquí los términos en que el mismo periódico da cuenta del hecho y manifiesta su firme resolución

de defender la misma bandera que hasta ahora ha sostenido:

DOS PALABRAS.

La *Regeneración* ha pasado á otras manos. No necesitamos hacer un nuevo programa: la bandera que al nacer levantó, esa seguimos tremolando, que es la santa bandera de nuestros padres.

La voluntad es buena; el corazón firme; las fuerzas flacas, sin embargo contar con insignes auxiliares. Los lectores de *La Regeneración* volverán á oír alguna voz que les debe ser muy conocida.

Los tiempos en que este periódico nació, se reproducen en el presente, pero con mayor acompañamiento de males y de peligros. Es natural: hemos progresado....

La época de las distinciones se va hundiendo: va á comenzar recordando frases de Donoso, la época de las afirmaciones y de las negaciones.

«Todo esto se va,» como dijo un amigo nuestro muy querido: *«las cosas van aparejándose, madurándose para la dictadura ó la revolución.»*

Menester es que se entiendan y se reúnan los hijos de Israel, que andan dispersos. Una sola bandera debe cobijarlos; en ella escritas con letras de oro estas dos grandes palabras: *Religion y patria*. Si somos fieles á la Religión y á la patria, todos los bienes, inclusa la verdadera libertad, se nos darán por añadidura.

Diremos una cosa para que los discretos piensen, y los lentos se asombren: somos enemigos mortales del liberalismo, cabalmente porque amamos la libertad, somos eminentemente reaccionarios cabalmente, porque amamos todo legítimo progreso.

Somos españoles hasta la médula de los huesos y gritamos con el poeta:

«Atrás las lises de la intrusa Francia.»

«Atrás los mercaderes de la Inglaterra.»

Atrás el espíritu descreído, atrás el virus protestante con que hombres que son extranjeros, en nuestra España, aunque nacidos en ella, intentan destruir hasta en sus cimientos la obra magistral de nuestros padres, envidia del mundo.

Desamamos que los ciegos vean y se arrepientan los que han pecado; desamamos la paz, la concordia, el bien de todos. Usaremos siempre en la pelea de armas leales, y siempre hemos de tener presente que la templanza jamás estuvo reunida con la firmeza.

Dos palabras y poremos punto á esta sencilla manifestación.

Decimos á nuestros adversarios: *«Arrepentíos ó atrevedos.»*

Decimos á nuestros amigos: *«Uníos y esperad.»*

Ya ha partido el tren Real que debe conducir á Madrid á la Reina Cristina. También han salido de Madrid para la frontera varios miembros del Consejo del ferro-carril del Norte con objeto de acompañar á S. M.

El Sr. D. Pedro de la Puente y Apecechea parece que se ha separado de la empresa del periódico *La Patria*, cuya propiedad ha pasado á ser de Sr. Lopez Quijano únicamente.

Según los periódicos noticieros, el último señalamiento hecho por la dirección general de la Deuda para el pago de los cupones de los intereses del semestre último, no ha pasado del día 10 de Marzo. No es cierto: por lo ménos sabemos de una persona á quien se ha señalado el 17 de Marzo.

Dice La Patria:

«Algunos diputados de todas las fracciones de la Cámara popular tienen ya el pensamiento de presentar al Congreso, cuando se discutan los presupuestos, una proposición en que se pida una pensión para la señora viuda del malogrado é ilustre Sr. Pacheco.»

Ayer se ha reunido la comisión de senadores para la contestación al discurso de la Corona. Hoy se reunirá de nuevo para continuar sus trabajos.

Anoche, dice *La Correspondencia*, se reunieron á comer en una fonda de esta corte los redactores de un periódico político que hasta aquí ha defendido las ideas del Gobierno actual y en adelante, según parece, enarbolará bandera independiente.

Independiente según el diccionario del liberalismo, ya sabemos que significa oposición.

Ayer por la mañana se celebraron en la parroquia de San Sebastián unas solemnes exequias por el alma del excelentísimo señor marqués de Pidal. A este solemne acto asistieron comisiones de las diferentes corporaciones á que pertenecía el ilustre finado, y gran número de personas distinguidas en la política, las ciencias, las letras y las armas, contándose entre otras algunos miembros del anterior Gabinete y los actuales ministros de la Guerra, Estado y Gobernación.

Presidían el duque el Nuncio, el presidente del Senado, el duque de Valencia y el de Veragua. El cadáver continuó depositado en San Sebastián hasta que dentro de dos ó tres días sea trasladado á Covadonga, en cuyo santuario tiene enterramiento de familia, por especial concesión que le hizo aquel Cabildo en recompensa de los especiales servicios de que le era deudor.

Leamos en *El Español* las siguientes preguntas sueltas:

«¿Es cierto que en 1834 sostuvieron una curiosa correspondencia sobre cambio de dinastía un general español muy conocido y un hombre de Estado portugués?»

«¿Es cierto que, andando el tiempo, el hombre de Estado portugués entregó en Sevilla las cartas del general á un alto personaje?»

«¿Es cierto que este personaje entregó algunos años después á una elevada persona las cartas del general español para poner su lealtad á buena luz?»

«¿Es cierto que estas cartas van á leerse en el Senado?»

ULTIMA HORA

Como anunciamos en otro lugar, el orden público se ha turbado gravemente otra vez más en España, por los encargados mismos de sostenerle. Madrid, con todo el distrito militar de Castilla la Nueva, ha sido declarado en estado de sitio, y en tan críticas circunstancias, nosotros no sabemos lo que se nos permitirá decir,

ni queremos contribuir en lo más mínimo á propagar noticias que no deban por ahora publicarse.

Por esta razón nos concretamos á copiar de *La Correspondencia* los siguientes párrafos que ha publicado por extraordinario.

Dicen así:

«Hoy á las cuatro de la mañana ha recibido noticia el Gobierno de que se habían sublevado en Aranjuez y Ocaña los regimientos de Húsares de Calatrava y de Bailén, arrastrados sólo por un comandante y algunos subalternos.»

«El comandante que ha arrastrado á la sublevación á los regimientos de Bailén y Calatrava, se llama Bastos, ha servido en la expedición á Méjico, y ha sido ascendido por antigüedad hace poco tiempo.»

«Inmediatamente que se tuvo noticia en Madrid de lo ocurrido en Aranjuez y Ocaña, pasaron á visitar los cuarteles de esta corte, los generales Serrano, Ros de Otero, Smit y los demás jefes de división y brigada, y encontraron á los soldados animados del mejor espíritu, hasta el punto de haber prorumpido en vivas á la Reina y á los generales que los mandan.»

«La sublevación de los regimientos de Bailén y Calatrava ha hecho populosos oficiales, y solamente figura entre los sublevados un comandante. Los bravos y leales coroneles Heredia y Altamira que mandaban los cuerpos sublevados, en unión con la mayoría de los oficiales leales y del comandante de la Guardia civil de Aranjuez con la fuerza disponible de su mando se pusieron inmediatamente en seguimiento de los sublevados, resueltos á tratar, si quiera sea con riesgo de su vida, de que entrarán en su deber los sublevados.»

«Varios oficiales de los regimientos de Bailén y Calatrava se han presentado ya en Madrid á tomar órdenes del Gobierno.»

«Dos veces intentaron los sublevados de Aranjuez apoderarse de la estación telegráfica, pero no pudieron conseguirlo.»

«Al amanecer de hoy el duque de Tetuán en persona ha visitado la capitana general, el gobierno militar de la provincia y los parques, dictando sobre la marcha algunas disposiciones que también fueron ejecutadas inmediatamente.»

«El Consejo de ministros se ha reunido á las ocho de la mañana y acordado que se declare en estado de sitio el distrito militar de Castilla la Nueva y cualquier otro punto en que se altere el orden público. El mismo Consejo de ministros ha vuelto á reunirse á las doce de la mañana.»

«Por el ministerio de la Guerra se ha comisionado á varios generales para que inmediatamente salgan en trenes especiales y vayan á ponerse al frente de las tropas en varios puntos de la Península. Hasta las diez de la mañana el telégrafo libre ha continuado al Gobierno que en toda la Península seguía reinando la tranquilidad.»

«Hoy por la mañana pasó á casa del general Prim para dictarle órdenes del Gobierno, un ayudante de señor ministro de la Guerra; pero no se le encontró en su domicilio, habiendo respondido los criados que estaba de caza con algunos amigos. Efectivamente, ayer se le vio marchar de Madrid con el brigadier Milans del Bosch y otros. Saló en una pequeña góndola ó carruaje de caza.»

«El duque de Tetuán ha salido del ministerio de la Guerra á las cuatro de la mañana para visitar los cuarteles. En todas partes ha sido recibido con aclamaciones por oficiales y soldados dispuestos todos á cumplir con su deber, defendiendo el orden.»

«Los cuerpos de caballería existentes en Alcalá y que están hoy mandados por el brigadier Vega han recibido hoy por la mañana orden telegráfica de venir sobre Madrid.»

«Desde las diez de la mañana de hoy se halla preparada en Madrid una columna compuesta con fuerzas de todas armas, bastando para poder batir á los sublevados. No ha salido desde luego aguardándose el conocer fijamente la dirección de aquellos, que anoche era, como hemos dicho, la de Chinchón.»

«Anoche, después de reunirse en Aranjuez los dos regimientos sublevados, se pusieron en marcha hacia Chinchón. Ya hemos dicho que los siguen desde los primeros momentos los dos coroneles y la mayor parte de los oficiales de los mismos cuerpos sublevados, y la Guardia civil, que, reunida rápidamente en Aranjuez, marcha en bastante número para no tener ser atacada.»

«Por efecto de la intranquilidad en que están los ánimos, hoy se han suspendido las clases en los establecimientos públicos de instrucción.»

«A la una del día se ha publicado el bando declarando á Madrid en estado de sitio.»

«A la hora en que damos esta última hora, no sabemos que se haya alterado el orden en ningún otro punto de la Península.»

El señor ministro de la Gobernación, contestando á las preguntas del Sr. Rivero Gidraque, ha dicho en el Congreso que los regimientos de caballería de Aranjuez y Ocaña se habían sublevado abandonando á sus jefes, y capitaneados sólo por un comandante y algunos oficiales; que las noticias eran de que se habían puesto en camino hacia puntos inmediatos á Aranjuez, y que últimamente se sabía que estaban en Arganda.

Que no podía decir todas las medidas que se habían tomado y que contaba con la fidelidad de las tropas de Alcalá y Madrid. Que el Gobierno sabía desde hace tiempo que se conspiraba, y hasta le constaba que por alguna persona de alta graduación militar se había tratado de corromper la disciplina del ejército.

Que el Gobierno tenía confianza en poder reprimir la insurrección, que ignoraba el fin de la misma, pero que estaba dispuesto á obrar con todo rigor y que á este efecto había declarado á Madrid y su distrito en estado de sitio.

TELEGRAMAS.

(Servicio particular de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.)

LONDRES, 2.

Los docks de Santa Catalina y las mercancías que encerraban, no son más ahora que un montón de escombros, por consecuencia del incendio que los destruyó anoche.

ROMA, 2.

El Papa ha recibido en audiencia de gala á los oficiales del ejército francés de ocupación. Su Santidad dijo que temía recibirlos por última vez, y añadió con tristeza que podía ser que viniesen en su lugar enemigos de la Santa Sede; sin embargo, no dejará, como el Salvador, de orar hasta por sus mismos enemigos.

NÁPOLES, 1.

El cólera ha desaparecido completamente, y la autoridad libra patentes limpias á los buques.

